



Predicación a los sacerdotes diocesanos en el final de sus Ejercicios Espirituales online. 12 de febrero de 2021.

En primer lugar deseo expresar mi más sincera felicitación a todos vosotros por la sabia decisión de vivir estos Ejercicios, precisamente en las presentes circunstancias. Igualmente manifiesto mi gratitud en nombre de la Iglesia diocesana, a los cuatro sacerdotes diocesanos, D. José Moya, D. Joaquín Carlos, D. Carlos Mendiola y D. José Luis Úbeda, por haberlos predicado tras aceptar con ejemplar disponibilidad el prestar tan importante servicio.

Habéis terminado esta mañana, mejor, termináis con esta última reflexión que comparto con vosotros, estos días especialmente orientados a encontraros con el Señor, para desde ese continuado encuentro y diálogo con Él mediante la acción del Espíritu Santo, reencontraros con vosotros mismos, con vuestro auténtico ser, y así avanzar en la renovación de vuestra vida y ministerio.

Muchas frases podrían conseguir fijar el propósito de unos Ejercicios; me permito tomar esta que es puro eco de las palabras de S. Pablo en la carta a los romanos (Rom 14, 7-9): **“Vivamos para el Señor”**.

Vivir “para sí mismos” significa vivir como quien tiene en sí mismo el propio principio y el propio fin; indica una existencia cerrada en sí misma, pendiente solo de la propia satisfacción y de la propia gloria, sin ninguna perspectiva de eternidad. Vivir “para el Señor”, significa vivir “desde” el Señor –de la vida que viene de Él, de su Espíritu- y vivir “para” el Señor, o sea, en vistas a Él, para su gloria. Se trata de una sustitución del principio dominante: no más “yo”, sino Dios: “Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20). Es un “descentrarse respecto a nosotros mismos, para volvernos a centrar en Cristo”. Una auténtica revolución interior.

Motivo para ese vivir para el Señor es que somos suyos, nos ha comprado (redimido) enteramente. Pero a ese motivo de justicia, se le añade otro de amor. Es el amor del Salvador, más aún que su derecho, el que nos empuja a vivir para Él. “Nos amó y se entregó por nosotros” (Ef 5,2). “Me amó y se entregó por mí” (Gal 2,20). Esto hasta el punto de que nada nos puede separar de su amor. Recordemos que afortunadamente estos Ejercicios Espirituales los habéis vivido a las puertas de la Cuaresma que nos conduce a revivir su amor en su Pasión, Muerte y Resurrección, y a gozar de su presencia luminosa Resucitado, que culmina con la Ascensión y Pentecostés. Estamos en las puertas de todas las grandes fiestas de su amor, de cuanto es el origen decisivo del “vivir para Él”.

Recordemos que el fruto de este vivir “para el Señor” es **la alegría**. El que vive para sí mismo no tiene, para alimentar su alegría, más que un objeto finito y precario, y por ello está inexorablemente abocado a la tristeza. El que vive “para el Señor” tiene, para alegrarse un objeto y motivo infinito, divino y siempre nuevo. María en el Magnificat expresa esta realidad, Dios en su amor, en su fidelidad, es la fuente de su gozo transfigurador.

S. Pablo en sus cartas habla de “gloriarse”, y de una “jubilosa certeza” que hace vivir al hombre redimido a un nivel completamente desconocido para el hombre natural, sin fe. Esa certeza nace de la esperanza de la gloria de Dios y no falta ni siquiera en la tribulación (Cf. Rom 5,4), sabiendo bien que los sufrimientos del tiempo presente son cosa de nada comparados con la gloria que va a revelarse reflejada en nosotros (Rom 8,18).

Además, quiero subrayar especialmente, que este vivir “para el Señor”, significa vivir para la Iglesia, que es su cuerpo. Por eso la decisión de servir al Señor de forma nueva debe traducirse necesariamente en retomar, de modo nuevo, el propio lugar al servicio de los hermanos de la comunidad eclesial. Tiene consecuencias en el ministerio recibido. Especialmente, nosotros sacerdotes diocesanos, y más en estos momentos: debemos **acentuar el trabajo ilusionado y creativo** en plena pandemia que desgasta y debilita al ser humano y al ser eclesial, y esto debemos hacerlo además, **acentuando la comunión**. Trabajo ilusionado, frente a desánimos y comodidades que matan el servicio urgente ante tanta necesidad; y comunión, frente a actitudes tóxicas de personalismos, sea de orgullo

personal o de grupo, que hieren la unidad en comunidades, arciprestazgos y la misma Diócesis; sembrando rupturas, desconfianza y desamor; siendo quien así actúa aliado de quienes tratan de ensuciar la imagen de una Iglesia ejemplarmente servidora, y de crear desafección a sus cabezas, anudándolas, eliminándolas. Trabajo ilusionado y comunión, expresión muy nuestra y muy de hoy de “vivir para el Señor”, que vive en su Iglesia.

Llegados al final del camino de los Ejercicios, que la resolución sea volver a escoger a Jesús como único Señor de nuestra vida. Decir “¡Jesús es el Señor” no es solo hacer una afirmación, sino tomar una decisión, es reconocerlo como propio Señor. Son palabras con poder de definirnos, y de ser baluarte contra las potencias del mal. Palabras que separan dos mundos.

S. Pablo lanza la advertencia: “Ya es hora de despertarnos del sueño...La noche está avanzada, el día se echa encima” (Rom 13, 11s). La noche es la vida presente y el día que se echa encima es “el día del Señor”, el que fijará nuestro destino para **la eternidad**. Ahora con la pandemia la experiencia de nuestra fragilidad se ha hecho especialmente evidente. El mundo pasa, nos advierte la Palabra de Dios (1Cor 7,31): debemos pasar “del mundo”, no aferrarnos a él, para no pasar “con el mundo”, comentaba S. Agustín (In Ioh. 55,1). “El mundo pasa y su codicia también; en cambio, el que cumple la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Jn 2,17).

Que el camino de estos Ejercicios nos conduzca a “Vivir para el Señor”, a “**ser del Señor**”, a permanecer en Él. Roca firme en este mundo frágil, que pasa. Que servirle por amor en su Iglesia sea nuestra felicidad; el camino cierto de una vida fecunda y plena de amor y servicio, semilla de eternidad por obra de su Misericordia.

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante